

**RUBÉN DARÍO Y ALGUNOS POETAS
FRANCESES DE SU TIEMPO:
VERLAINE, MORÉAS, VILLIERS
DE L'ISLE-ADAM**

*RUBÉN DARÍO AND SOME FRENCH POETS
OF HIS TIME:
VERLAINE, MORÉAS, VILLIERS DE L'ISLE-ADAM*

Günther Schmigalle*

Recibido: 24 de febrero de 2010

Aceptado: 29 de marzo de 2010

Resumen: Durante su breve estancia en París en 1893, Rubén Darío leyó intensamente a los poetas franceses contemporáneos y conoció personalmente a algunos de ellos. En este artículo tratamos de reconstruir su malogrado encuentro con Paul Verlaine y su larga amistad con Jean Moréas. También interpretamos un episodio que Darío cuenta en *Los Raros* sobre las relaciones del poeta Auguste de Villiers de l'Isle-Adam con el grupo naundorffista.

Palabras clave: Darío, Rubén; Verlaine, Paul; encuentro. Darío, Rubén; Moréas, Jean; amistad. Darío, Rubén; Villiers de l'Isle-Adam, Auguste de; Naundorff, Louis-Charles.

Abstract: During his brief visit to Paris in 1893, Rubén Darío read tirelessly the French poets of the moment, and made friends with some of them. In the first part of this article we try to reconstruct his spoiled meeting with Paul Verlaine and his long friendship with Jean Moréas. We also interpret a certain episode of his book *Los Raros* in which Darío describes the relations of the poet Auguste de Villiers de l'Isle-Adam with the Naundorff group.

Key words: Darío, Rubén; Verlaine, Paul; meeting. Darío, Rubén; Moréas, Jean; friendship. Darío, Rubén; Villiers de l'Isle-Adam, Auguste de; Naundorff, Louis-Charles.

* Doctor en Filología Románica. Bibliotecario de la Badische Landesbibliothek, Erbprinzenstr. 15, 76133 Karlsruhe, Alemania. Correo electrónico: schmigalle@blb-karlsruhe.de; Teléfono: 004972133126

1. PAUL VERLAINE

Darío tiene 26 años cuando se cumple por fin su gran deseo de conocer personalmente a su admirado Paul Verlaine. En julio de 1893, cinco años después de la publicación de *Azul...*, Darío, todavía en los inicios de su gloria, llega a París por primera vez. Verlaine, por su parte, el célebre autor de *Poèmes saturniens*, *Fêtes galantes*, *Romances sans paroles* y *Sagesse*, a pesar de su fama, está marcado por la pobreza, la enfermedad y el alcoholismo. Tiene 49 años, pero aparenta 70, y se ha convertido en una figura folklórica y escandalosa en el Barrio Latino. El encuentro tan anhelado por Darío resulta completamente decepcionante. 33 meses después, cuando Verlaine muere el 8 de enero de 1896, Darío redacta un artículo necrológico para *La Nación*, después incluido en *Los Raros*, donde menciona que «a mi paso por París, en 1893, me había ofrecido Enrique Gómez Carrillo presentarme a él» (DARÍO, 1896: 26), pero no dice nada más. No será hasta 1911, casi dieciocho años después del traumatizante encuentro, cuando lo narra por primera vez en una crónica de *La Nación*:

Desde luego, mi conocimiento del gran Fauno no fue en el François I, ni en otros cafés que se citan siempre que se habla de Verlaine, adonde me llevaron a presentarme a Morré du Plessis [sic]¹ y Alejandro Sawa, sino en el D'Harcourt. Mucha gente rodeaba al Sócrates lírico. Yo, recién venido de América y con mis viejos ensueños, murmuré unas cuantas cosas de admiración. Él no entendió nada; miró vagamente y, a propósito de la gloria, balbució en su boca de Dios una palabra cambro-niana... ¿Qué íbamos a hacer?» (DARÍO, 1950-1953: 1/ 821).

Un año más tarde, en 1912, al dictar su autobiografía, lo cuenta por segunda vez:

Uno de mis grandes deseos era poder hablar con Verlaine. Cierta noche, en el café D'Harcourt, encontramos al Fauno, rodeado de equívocos acólitos. Estaba igual al simulacro en que ha

¹ Maurice du Plessys.

perpetuado su figura el arte maravilloso de Carrière. Se conocía que había bebido hartó. Respondía, de cuando en cuando, a las preguntas que le hacían sus acompañantes, golpeando intermitentemente el mármol de la mesa. Nos acercamos con Sawa, me presentó: «Poeta americano, admirador, etc.» Yo murmuré en mal francés toda la devoción que me fue posible y concluí con la palabra gloria... Quién sabe qué habría pasado esta tarde al desventurado maestro; el caso es que, volviéndose a mí, y sin cesar de golpear la mesa, me dijo en voz baja y pectoral: ¡La gloire!... ¡La gloire!... ¡M... M... encore!...» (DARÍO, 1915: 148-149).

Después de ese encuentro, ¿hubo otros? Según la primera versión, sí:

Pude ver después dos veces al maestro, y en estas perentorias entrevistas no supe sino que de nuestra literatura española e hispanoamericana conocía nombres. Los que él más repetía eran éstos: Calderón, Góngora y Hurtado de Mendoza. Mas lo anunciado alguna vez en *La Plume* sobre la publicación de una traducción de Calderón, hecha juntamente por Verlaine y Moréas, fué cosa absurda. (DARÍO, 1950-1953: 1/821).

Según la versión posterior, de la *Autobiografía*, sin embargo, no hubo más encuentros:

Creí prudente retirarme y esperar para verle de nuevo en una ocasión más propicia. Esto no lo pude lograr nunca, porque las noches que volví a encontrarle, se hallaba más o menos en el mismo estado; y aquello, en verdad, era triste, doloroso, grotesco y trágico. (DARÍO, 1915: 149)

¿Cuál de las dos versiones sería más fidedigna? Nos inclinamos a creer más en la primera, por los detalles sobre el español de Verlaine, tan plásticos y, como veremos, eminentemente verificables.

Si nos preguntamos, primero, por la veracidad y la plausibilidad del relato en su conjunto, encontramos que, por un lado, ninguno de los que estaban presentes lo han mencionado: parece que ni Alejandro Sawa, ni Maurice du Plessys, ni por supuesto el mismo Verlaine hayan aludido alguna vez a la penosa escena. Por el otro, casi todos los biógrafos de Darío la repiten con fruición, desde Contreras (1930: 76) hasta Gibson (2002: 81)

y Matamoro (2002: 133), pasando por Torres-Rioseco (1944: 62), Cabezas (1954: 95-96), Torres (1980: 319) y Fernández (1987: 53-54). Torres agrega un detalle interesante, lamentablemente sin indicar su fuente: «No es posible conversar con el prodigioso autor de *Sagesse* y se retira. Lleva una impresión dolorosa, que sin embargo no lo alecciona, y pronto está con su amigo [Sawa] en un estado próximo al del doloroso *pauvre Lelian*». La versión que suelen citar los biógrafos es la de la *Autobiografía*; y se puede afirmar que el desencuentro entre Darío y Verlaine es hoy uno de los episodios más conocidos de la *Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. ¿Por qué este éxito? Es obvio que lo «triste, doloroso, grotesco y trágico» del cuadro impacta fuertemente al lector; el relato transmite una impresión de la vanidad de los esfuerzos humanos, que Darío en otras ocasiones ha llamado «eironeia». Además, para el lector literato, el episodio confirma lo que creemos saber sobre la última década de la vida de Verlaine, década «de todos los decaimientos y de todas las derivas ... un naufragio increíble ... una caída fascinante, prodigiosa, cada vez más acelerada e irreversible». En estos años, dice uno de sus recientes biógrafos, Verlaine «se convierte en uno de los personajes más asombrosos de la bohemia parisiense, figura ejemplar, emblemática del poeta maldito. ... De una taberna a otra, en el Barrio Latino, Verlaine transporta su decadencia como el caracol su concha. Expone su miseria, la convierte en su imagen de marca. Exhibe toda la desgracia de la condición de poeta» (BUISINE, 1995: 409-410). Fue en estos diez años, de 1886 hasta su muerte en 1896, cuando Verlaine estuvo internado veinte veces en los hospitales de París y de sus suburbios. Y hay, sobre estos últimos años, innumerables anécdotas que se parecen al episodio vivido por Darío. Escuchemos a Charles Maurras:

Nos encontrábamos una noche de invierno, du Plessys, Moréas y yo, en un café en la esquina de la rue Corneille y de la rue de Vaugirard. Alguien entró. Era Verlaine, quien, totalmente insensible a la emoción que provocaba en nosotros y ayudándose con el palo que le servía de bastón, terminó por agarrarse de una mesa. Estaba extremadamente borracho. Y se reía. De repente sacó de sus bolsos un pañuelo negro de suciedad, innominable,

un rosario, un cuchillo, unos mendrugos de pan y los colocó delante de sí. '¡Ah!, maestro!, ¡maestro!' exclamó du Plessys dirigiéndose hacia el desgraciado. Verlaine lo miró, nos miró después, y, recogiendo de repente pañuelo, rosario, cuchillo y mendrugos, los hizo desaparecer, se encaminó hacia la salida y desapareció en la calle sombría sin haber podido articular una sola palabra (cit. en: CARCO, 1939: 118-119).

Alfred Vallette, en una conversación con Paul Léautaud, también recuerda que «se sabía muy bien que era un gran poeta. Solamente, se prefería no verlo. Cuando se le veía, por lo general estaba más o menos borracho, rodeado por una banda de bohemios como él mismo. Esto no tenía nada de atractivo», y Léautaud agrega que «El mismo Vallette lo ha visto varias veces. ... Jamás lo ha escuchado decir nada interesante, nada que revelara el gran poeta que era» (LÉAUTAUD, 1986/1987: 2/1217). Pero, para no multiplicar las anécdotas, citemos un artículo poco conocido de Remy de Gourmont, que ofrece un resumen de la última década de Verlaine:

Esta última etapa de la vida de Verlaine no aparece, en verdad, muy edificante, pero vista de esa manera, a través de mil anécdotas, no tiene ese carácter vergonzoso de baja bohemia que se le ha atribuido siempre. Él no tenía instintos de bohemia, y fueron las circunstancias, más que su propio gusto, las que le condujeron a la mala vía. Como era pobre, y por lo demás incapaz de ganarse regularmente la vida, vivía en el hotel, como un viejo estudiante. Ahora bien, una habitación de hotel no es un lugar muy agradable: raras veces eso constituye un gabinete de trabajo donde uno se siente bien, donde uno se retira con gusto. La consecuencia: el café. Verlaine va al café. Hacia 1890, un fotógrafo tuvo la idea de publicar una serie con el título, si me acuerdo bien, 'Nuestros escritores en su casa', y mientras los hombres de letras, entonces más o menos célebres, se exhibían en medio de un suntuoso ambiente, digno de banqueros o de dignatarios, Verlaine figuró simplemente tomándose su ajenjo, en el café François I^{er}, frente a la reja del Luxemburgo. Fue allí donde, por el momento, el poeta estaba en su casa. Pero todos los cafés conocidos y desconocidos del barrio Latino lo tuvieron sucesivamente como huésped. Frecuentaba el Voltaire, el Procope, el Soleil d'Or, donde lo vi por última vez, y otros, sin contar un número de tabernuchos de último orden, donde se paraba frente al mostrador, apoyado en su bastón. ... Pero en los

grandes cafés, estaba casi siempre rodeado de una corte de jóvenes que lo consideraban con una admiración en la cual había mucha curiosidad; mas de uno no logró comprender nunca a ese ser extraño, brutal y vulgar, de aspecto bárbaro y embrutecido, que había hecho los versos más dulces del mundo y parecía negarlos con sus palabras. Su conversación, a veces fina y espiritual, era casi siempre de un raro cinismo. (GOURMONT, 1911)

Sobre el alcoholismo de Verlaine, el mismo autor explica:

En comparación con Ibsen, Verlaine bebía moderadamente, pero, de un temperamento mucho más robusto que el viejo noruego, absorbía mezclas mucho más dañinas que el alcohol puro, y las soportaba mal. Pretendía, por lo demás, no buscar en los aperitivos (que tomaba a cualquier hora del día o de la noche) otra cosa que no fuera el olvido de sus viejas penas, su divorcio, su separación de su hijo, el desconcierto de su vida. ¡Palabras de un bebedor que busca una excusa para sus malos hábitos! (ibíd.)

Pensamos que este artículo de Gourmont es un resumen casi perfecto del contexto en el cual hay que situar el episodio del desencuentro de Darío con Verlaine; describe el ambiente general de la escena que narra Darío y a la vez confirma su plausibilidad y su probable autenticidad. Si queremos más detalles, las palabras que ya citamos de Darío sobre el español de Verlaine: «de nuestra literatura española e hispanoamericana conocía nombres. Los que él más repetía eran éstos: Calderón, Góngora y Hurtado de Mendoza. Mas lo anunciado alguna vez en *La Plume* sobre la publicación de una traducción de Calderón, hecha juntamente por Verlaine y Moréas, fue cosa absurda», son confirmadas por uno de los primeros biógrafos del poeta, Edmond Lepelletier (1907: 67-77), y más recientemente por las investigaciones de Georges Zayed (1962: 118-122) y de Robert A. Jouanny (1969: 243-245). Respecto a la traducción de Calderón, Zayed explica que «Calderón, por su parte, a quien Lepelletier considera como ‘uno de los educadores de la primera juventud’ de Verlaine, estaba completamente traducido, y el joven poeta podía leer sus obras con toda tranquilidad: *La devoción de la cruz*, *El médico de su honra*, *La vida es sueño*, *El mágico prodigioso*, *A secreto agravio, secreta venganza*, etc. Se

sabe que Verlaine tenía una debilidad por esta última pieza, pero tenemos derecho a preguntarnos por qué quería traducir este sombrío drama de celos, del cual ya existían tres traducciones en prosa. ¿Tenía la intención de traducirlo en verso? ¿O habría que pensar que su odio por su mujer, Mathilde, tenía algo que ver con este propósito? En todo caso, como con los poemas de Góngora, el proyecto no fue realizado» (120). Y Jouanny demuestra que el proyecto, por un lado, se refleja en la correspondencia entre Verlaine y Moréas, y, por el otro, fue objeto de burla entre los cantantes del Barrio Latino y en la misma revista *La Plume*, donde el anuncio que menciona Darío consistió de «una larga lista de obras anunciadas que no se publicarán jamás», entre ellas «Paul Verlaine: *A secreto agravio, secreta venganza*, drama traducido del español con Jean Moréas» (1969: 245).

A la vez, cuando Gourmont alude al «olvido de sus viejas penas ... [al] desconcierto de su vida», nos brinda elementos para comprender por qué la admiración de Darío por Verlaine no disminuyó con el malogrado encuentro; más bien se hizo más profunda y, podríamos decir, más íntima. En los artículos que posteriormente dedica al «desventurado maestro», lo vemos defender a Verlaine contra los ataques de Max Nordau (1896: 28-29) y contra la sospecha de homosexualidad (1912: 195); lo vemos explicar que Verlaine no fue bohemio por gusto, sino por necesidad (ibíd.: 196), y recomendar la lectura de un libro póstumo de Verlaine porque «ayuda a conocer el oro cordial del hombre» (ibíd.: 201). Lo vemos defender a Verlaine incluso contra «esa malhadada fotografía de la serie ‘nos contemporains chez soi’» —la misma que menciona Gourmont en su artículo— «que se ha reproducido en ‘magazines’ e ilustraciones extranjeras, y en la cual aparece ‘en su casa’ el infeliz gran poeta, ante una mesa tabernaria en que se ve el brebaje fatal a su existencia y a su reposo espiritual, por tantos años» (ibíd.: 196). Y cuando Miguel E. Pardo en las páginas de la *Revista de América* afirma que «Verlaine, el exquisito poeta de las *Fiestas Galantes*, es un desequilibrado (y ¿para qué andar con misterios?) Verlaine es el poeta corifeo de ese erotismo, de ese espantoso erotismo que el humano lenguaje no encuentra epítetos con qué

calificar: Verlaine es un desgraciado» (1894: 35), Darío le responde desde *La Nación*, confirmando lo que dice Pardo, pero dándole un matiz muy diferente: «La Carne sí, fue invencible e implacable. Raras veces ha mordido cerebro humano con más furia y ponzoña la serpiente del Sexo. Su cuerpo era la lira del pecado. Era un eterno prisionero del deseo. Al andar, hubiera podido buscarse en su huella, lo hendido del pie. Se extraña uno no ver sobre su frente los dos cuernecillos, puesto que en sus ojos podían verse aún pasar las visiones de las blancas ninfas, y en sus labios, antiguos conocidos de la flauta, solía aparecer el rictus del egipán. Como el Sátiro de Hugo, hubiera dicho a la desnuda Venus, en el resplandor del monte sagrado: *¡Viens nous en!* Y ese carnal pagano aumentaba su lujuria primitiva y natural a medida que acrecía su concepción católica de la culpa» (1896: 27-28).

Darío se identificaba con Verlaine y, aunque no podemos entrar aquí en el tema complejo de una comparación entre la poesía del uno y del otro, se puede afirmar que llegó a parecerse a él en algunos rasgos biográficos. En Madrid, en una noche del año 1907, el poeta Francisco Villaespesa y el orientalista Isaac Muñoz llevaron a un joven amigo, Rafael Cansinos Assens, a conocer a Darío, en una cervecería de la calle de las Hileras:

Venciendo mi timidez, los acompaño a la cervecería, que es un largo pasillo estrecho y mal alumbrado. Lo cruzamos sin detenernos y llegamos hasta el fondo. Allí, sentado en una mesita, en un rincón, con la copa delante, hay un hombre silencioso, con la cabeza beethoveniana en las manos, todo rasurado y con las melenas alborotadas. Junto a él, Manuel Machado, Nilo Fabra y algunos otros jóvenes devotos del poeta. Todos guardan un silencio reverente, y hasta Villaespesa baja su voz demasiado vibrante y murmura un saludo, apenas contestado por un gesto de la mano fina y pálida. Están callados y expectantes ante el gran poeta pontífice del Modernismo, que acaso en su embriaguez taciturna está incubando algún maravilloso poema (CANSINOS ASSENS, 2005: 3/290).

Cansinos Assens tiene en este momento 25 años; Darío tiene 40. Junto a Darío se encuentra Mariano de Cavia, el popular cronista de *El Imparcial*, el autor de innumerables crónicas tau-

rinas, sentado «en otra mesita ... con un gran bigote escarolado, lentes y un clavel ya marchito en el ojal de la solapa, que de cuando en cuando murmura frases inconexas, intermitentes, como un papagayo». De Cavia, acompañado como siempre por su fiel criado que se llamaba Rodríguez y a quien inmortalizó bajo el seudónimo de García, es agresivo, «tiene una borrachera procaz, peligrosa». Darío, por su parte, se emborracha en silencio y con dignidad. Sus acólitos esperan religiosamente: «Rubén está acaso incubando un gran poema. Así de borracho estaba cuando escribió su magnífica ‘Salutación del optimista’». Pero esta noche esperan en vano: «la inspiración no acude al poeta por más que menudee las libaciones. Al final, cae en un estado comatoso. Su cabeza resbala de sus manos y rueda sobre la mesa, como al cesto de la guillotina. Machado y Fabra lo incorporan: – Rubén —le dicen—, debemos retirarnos... Es hora ya de regresar al hotel...» (ibíd.: 293)².

Por algo, Rachilde, en un estudio que publicó sobre Darío varios años después de su muerte, lo llama «el Verlaine de América Latina» (RACHILDE, 1922: 8)³.

2. JEAN MORÉAS

Al desencuentro con Verlaine Rubén Darío opone su encuentro con otro poeta, en aquel tiempo casi tan famoso como Verlaine y hoy todavía no completamente olvidado, un poeta francés de origen griego: Jean Moréas. Como en el caso de Verlaine, Darío se ha referido por dos veces a su amistad con Moréas, la primera en una crónica de *La Nación*, en 1903:

¿Cómo conocí a Moréas? Gómez Carrillo trabajaba entonces en casa del temible editor Garnier, y yo lo veía con la frecuencia

² Amelina Correa Ramón, en un excelente estudio publicado hace diez años, relaciona este y otros episodios similares con el modernismo como respuesta a la crisis espiritual del Occidente. No menciona la presencia de Mariano de Cavia, que se emborrachaba sin ser modernista (1998: 283-292).

³ Una versión española (traducción y notas de Fidel Coloma González) se puede consultar en: *Boletín de la Escuela de Ciencias de la Educación* (Managua), n.º 1, 1961, pp. 70-72, aquí p. 72. Cf. ARELLANO, 1996: 162.

que deseaba. Él era ya gran conocedor del barrio Latino y muy mezclado a la entonces hirviente bohemia intelectual de *La Plume*. Conocía a casi todos los miembros de los cenáculos de la época; sabía yo su intimidad con Verlaine, Tailhade y otros. Así, cuando un día se me apareció y me dijo: 'Esta noche lo espera Moréas; vendré a buscarlo', se lo agradecí muy vivamente. Esa noche me esperaba Moréas y Carrillo fue a buscarme. Encontramos al poeta del *Pèlerin passionné* en un café del barrio, creo que en el Vachette⁴. Estaba a su lado su entonces compañero menor y ayudante en sus líricas campañas Maurice Duplessis. Y encontré a un Moréas sereno, sonoro, admirable parlante, amable, noblemente fraternal, sin buscar ni admitir la familiaridad cara a los irreflexivos y a los insensatos. Y como le dijese que el holandés Bijvanck [sic] acababa de publicar un libro en que se trataba de la leyenda moreana —vanidad cómica, frases asustadoras, autolatría—, me dijo simplemente: 'Ce monsieur est un imbécile!' Hablamos toda esa noche de arte, de ideal, de belleza —es decir, él habló... Como cerraron el Vachette, nos fuimos a otra parte, y luego a otra. A las seis de la mañana estábamos comiendo almendras verdes en los Halles... Todo eso es el pasado —¡ah!, como mi fresca juventud. («Algunas notas sobre Jean Moréas», DARIÓ, 1906: 80-81).

En el capítulo XXXIII de su *Autobiografía* presenta por segunda vez estos recuerdos:

Con quien tuve más intimidad fue con Juan Moreas. A éste me presentó Carrillo, en una noche barriolatinesca. Ya he contado en otra ocasión nuestras largas conversaciones ante animadores bebedizos. Nuestras idas por la madrugada a los grandes mercados, a comer almendras verdes, o bien salchichas en los figones cercanos, donde se surten obreros y trabajadores de 'les Halles'. Todo ello regado con vinos como el 'petit vin bleu' y otros mostos populares. Moreas regresaba a su casa, situada por Montrouge, en tranvía, cuando ya el sol comenzaba a alumbrar las agi-

⁴ El café Vachette estaba ubicado en el n.º 27 del bulevar Saint-Michel, en la esquina sur que forma el bulevar con la rue des Écoles. «Este café se hizo famoso desde el momento de su inauguración, contemporánea con la del bulevar Saint-Michel. Lugar de reunión de los estudiantes franceses y extranjeros, se convirtió, hacia 1900, en un café literario frecuentado por Verlaine y, sobre todo, por Jean Moréas quien dijo que se mantenía allí desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la mañana siguiente» (HILLAIRET, 1997: 2/472).

taciones de París despierto. Nuestras entrevistas se repetían casi todas las noches. Estaba el griego todavía joven; usaba su inseparable monóculo y se retorció los bigotes de palíkaros, dogmatizando en sus cafés preferidos, sobre todo en el Vachette, y hablando siempre de cosas de arte y de literatura. Como no quería escribir en los diarios, vivía principalmente de una pensión que le pasaba un tío suyo que era ministro en el gobierno del rey Jorge, en Atenas. Sabido es que su apellido no era Moreas, sino Papadiamantopoulos. Quien desee más detalles lea mi libro 'Los Raros' (DARÍO, 1915: 152-153).

Como en el caso de Verlaine, no existen otros testimonios más que el del propio Darío, acerca de estas reuniones y entrevistas del verano de 1893. Pero resulta que Darío, al volver a París en el año 1900, «a establecerme —para siempre», reanudó sus entrevistas con Moréas, no con mucha frecuencia, porque:

Sé lo que tienen de impertinente la admiración intempestiva y la solicitud irrazonada. Por otra parte, no busco ni visito a nadie, y esta es una mala condición de mi carácter en mis tareas. No he sido hecho para la visita ni fabricado para la *interview*. Tanto peor para mí, que no he gozado de la familiaridad de los *chers maîtres*. No obstante, a Moréas lo he vuelto a ver. Triste, con su melancolía altiva y con sus canas. Allí, en el café Napolitaine, junto a Mendes, viejo, junto a Courteline y otros señores de la literatura y periodistas grandes y pequeños. Y Moréas, notaba yo, no estaba en su centro. Después, juntos, y con Carrillo —¡un Carrillo cuán otro!— con Duplessis —¡un Duplessis cuán cambiado!— hemos solido recordar las horas de hace diez años, cuando pasé para Buenos Aires, cargado de ilusiones y de sueños, y fuimos a comer almendras verdes a los mercados, una mañana de Mayo, en que nacía dulce el sol (DARÍO, 1906: 84)⁵.

En algunos de estos nuevos encuentros participó el poeta mexicano y amigo de Darío, Amado Nervo. Hubo una comida, el 6 de julio de 1900, en la cual «comimos juntos Carrillo, él [Moréas], Darío, yo, un poeta modernista que escribe la mitad en inglés y la mitad en francés⁶, otro poeta que no sé cómo escribe, el vizconde de Cross [sic]⁷: un poeta *aussi* pobre y, para

⁵ No fue una mañana de mayo, sino de julio (de 1893).

⁶ Stuart Merrill.

⁷ Austin de Croze.

acabarlos de arruinar, vizconde...» (carta a Luis Quintanilla, 7 de julio de 1900, NERVO, 1955-1956: 2/1136-1137)⁸. Hubo otra comida, a la cual Moréas invitó a Gómez Carrillo, a Darío y a Nervo, en el Calisaya («una cantina americana del *boulevard des Italiens*»), «y después fuimos a recorrer las endiabladas calles de Montmartre hasta muy avanzada la hora». Lamentablemente, al día siguiente se dio un malentendido que terminó con las relaciones amistosas entre Moréas y Nervo (ibíd.: 1/1470-1471). De todos modos, para el año 1900 disponemos de los testimonios del poeta mexicano que se refieren a la amistad de Darío con Moréas.

Pasando a los detalles que expone Darío en su *Vida*, vamos a examinar tres aspectos: las costumbres noctámbulas y la conversación de Moréas; sus retornos, de madrugada, a su domicilio; y su situación económica.

Sobre las costumbres noctámbulas de Moréas, leemos en *La Vie parisienne* (9 de abril de 1910):

[Moréas] frecuentaba sobre todo el café Vachette y se sentaba siempre en la misma mesa, la primera a mano izquierda cuando se entra, donde habitualmente lo esperaba una numerosa compañía de jóvenes literatos. No le gustaban los escritores malos y tenía horror a los pedantes. Sin embargo, sus palabras y sus epigramas no fueron nunca odiosos; fueron simplemente graciosos. Cuando llegaban las dos de la madrugada y el café cerraba sus puertas, Moréas se iba lentamente, como con pesar. Se ponía triste, y entonces se adivinaba que tenía un alma atormentada. Los escritores jóvenes ya no son noctámbulos. Tienen temor a la migración y tienen que 'hacer su copia'. Entonces Moréas se quedaba solo, sobre el bulevar desierto, ruminando unos versos de sus *Stances*. Algunas veces, sin embargo, un extraño bohemio le acompañaba en sus vagancias nocturnas, un bohemio que no sabía siempre dónde dormir, un bohemio vagamente escultor, vagamente pintor, pero con un espíritu delicioso e ingenuo. Los dos paseantes se iban entonces hacia los 'Halles', donde la vida no se para en toda la noche (THOMAS, 1911: 99-100).

⁸ Al final de esta comida, bajo la influencia del «whisky soda», Darío escribió su poema «A Amado Nervo», que comienza: «La tortuga de oro camina por la alfombra / y traza por la alfombra un misterioso estigma» —poema simbólico con un sentido muy secreto, parecido a algunos poemas de La Tailhède y de Du Plessys (DARÍO, 1952: 1089-1090).

El mismo Moréas dice en una carta: «Me encuentro en un café, en los Halles, a las seis de la mañana, y aquí trabajo para terminar *Eriphyle*», a lo cual Jouanny, su biógrafo y el editor de sus cartas, agrega: «Se sabe que Moréas iba con frecuencia a terminar sus noches en los Halles, en algunos cafés donde hablaba y tomaba interminablemente. Parece que fue más raro que allí trabajara» (MORÉAS, 1968: 46). ¿Y de qué hablaba? Darío lo dice: «de arte, de ideal, de belleza», «siempre de cosas de arte y de literatura», y uno de sus discípulos lo explica con más detalles:

Me acuerdo de ciertos días cuando, reuniéndome con él a las tres de la tarde, me arrastraba consigo hasta las cinco o seis de la mañana; y no habíamos hecho otra cosa que hablar de poesía... No le gustaba mucho quedarse solo, y cuando encontraba a alguien cuya conversación le agradaba, no toleraba que uno lo dejara: había que quedarse con él. En este punto era intransigente y hasta suavemente tiránico (THOMAS, 1911: 106-107).

Sin embargo, la actitud del poeta respecto a los cafés del Barrio Latino era ambivalente. Louis Thomas recuerda que, ciertos días, Moréas «no hacía otra cosa que vociferar. Regañaba todo el tiempo al camarero, le decía que sus consumiciones eran innominables, que el restaurante era horrible... Una de sus costumbres fue entonces la de no poder quedarse en un lugar, no importaba dónde iba. Había que seguirlo. Una noche, en el doceavo o quinceavo local, como no nos habíamos sentado más que cinco minutos en cada uno de ellos, yo le dije enérgicamente que me iba a acostar» (ibíd.: 106, 45). Ernest Gaubert, recordando las sesiones del poeta en el café Vachette, cuenta que todas las noches, entre las seis y las siete o después de las ocho, Moréas, después de fijar su monóculo, solía sentenciar: «Este café es lúgubre. No iré más al café», y, muchas veces, no queriendo sentarse, «se iba a otro café, para volver al primero y salirse otra vez. A estas horas, un demonio interior arrugaba su frente y mordía su alma» (ibíd.: 19-20).

En cuanto al domicilio de Moréas, dice Darío en su *Vida* que «Moreas regresaba a su casa, situada por Montrouge, en tranvía, cuando ya el sol comenzaba a alumbrar las agitaciones de Pa-

rís despierto». Tenemos aquí uno de esos errores de cronología en que insisten Torres y otros biógrafos. En los años 1890-1891, Moréas habitaba en el «Hôtel des Américains», n.º 14 de la rue de l'Abbé de l'Épée, hotel que inmortalizó en uno de sus poemas publicados en *Le Chat-Noir* (cit. en THOMAS, 1911: 64). En febrero de 1892 se trasladó a un apartamento en el n.º 35 de la rue Madame que le gustaba mucho, a pocos pasos de la iglesia Saint-Sulpice y del Jardín del Luxemburgo. En julio de 1893, pues, Moréas, después de noctabular con Darío y otros amigos en el Barrio, en Montmartre o en los Halles, se iba a su apartamento en la rue Madame, ya sea para acostarse, como se podría pensar, ya sea para tocar el piano, como afirman algunos. En octubre de 1896, por razones económicas, fue a instalarse en las afueras de la capital, n.º 23 de la rue de Coumiers, cerca de la puerta de Orléans, donde habitó durante siete años, hasta junio de 1903. Fue en 1900-1903 cuando, después de cenar y de noctabular, tenía la costumbre de abordar, de madrugada, el primer tranvía eléctrico para llegar a su domicilio en el Petit-Montrouge —o el primer ómnibus de caballos, según Thomas (47); aunque también se le ocurría irse a pie, sobre todo cuando llovía:

Moréas ... adoraba este tiempo de lluvia. Cuántas veces no nos ha dicho que, para disfrutar de esta lluvia suave de la Île-de-France, triste no obstante como un sudario líquido, se iba a pie hasta Montrouge, feliz de bañarse en este vapor glacial, antes de volver a su casa. Y cuando no era demasiado tarde, hacía una pausa a medio camino, en la Closerie des Lilas, feudo de Paul Fort⁹, como aquella noche cuando se tomó un bock con Gabriel Boissy y le confió: «Quiero que se sepa que yo tenía un corazón tierno ... un corazón tierno como para morir de ello, si lo hubiera escuchado, y aquí estoy completamente solo con las Musas. ¡Es un poco frío, eso, las Musas! ... ¡Me hubiera gustado ser amado por alguien que no lo hiciera por obligación! ... Esta es

⁹ Después de ser el feudo de Paul Fort, la Closerie des Lilas (171 Boulevard du Montparnasse) llegó a ser el café preferido de Ernest Hemingway (FITCH, 1989: 114-118). August Strindberg y Thomas Wolfe lo frecuentaron también. Se sabe que un amigo íntimo de Darío y de Amado Nervo, el pintor belga Henry de Groux, conoció a Lenin en este local, donde el líder bolchevique jugaba a veces al ajedrez. Cf. DARÍO, 2008: 19-20.

toda la tragedia: si se ama, se muere; si no lo aman a uno, es el martirio. Entonces, lo único que queda es la poesía. Y la poesía también nos decepciona o nos quema (Boissy, 1943: 6).

Obviamente, el error cronológico cometido por Darío es lo de menos. Hemos llegado a detalles que pueden parecer insignificantes, pero que expresan la realidad humana que el poeta griego-francés solía esconder detrás de su fachada de «palí-karo»; realidad que medio expresaba, medio escondía con sus charlas interminables sobre poesía y con su poesía misma, y que formaba el fondo de su amistad con Darío y otros poetas y admiradores americanos.

¿De qué vivía Moréas? Su independencia económica debía impresionar mucho a Darío, a Nervo y a otros poetas que siempre sufrían de una penosa escasez de recursos. En el párrafo citado de su *Vida*, Darío dice que Moréas «vivía principalmente de una pensión que le pasaba un tío suyo que era ministro en el gobierno del rey Jorge, en Atenas». Esto se refiere sin duda a Épaminondas Deliyorghis (1829-1879), tío de Moréas y cinco veces presidente del consejo de ministros entre 1865 y 1878 (JOUANNY, 1975: 61). Este tío fue protector de Moréas en su juventud, pero, como murió en 1879, no pudo ser él quien enviaba una pensión a Moréas en París. ¿Se trataría de otro error de cronología? No. Darío reproduce simplemente lo que su amigo le ha dicho. Moréas debe haberle explicado que vivía de una pensión que le pasaba este tío, de la misma manera como explicó a Charles Maurras que vivía de la renta de una casa en Patras: mentiras dictadas, sin duda, por el pudor. En realidad,

de acuerdo a su hermana María, Moréas recibió regularmente de su familia seiscientos dracmas por mes. La suma era importante y correspondía al salario de su padre, hacia 1900. Sin embargo, era mucho menos importante en París que en Atenas. La vida de dandy que Moréas quería llevar durante los primeros años de su estancia en Francia fue muy costosa, y la literatura solamente por el año 1895 comenzaba a rendir un poco. Pero en este mismo período, la situación económica de Grecia se degradaba más y más. ... su 'pensión' perdió mucho de su poder adquisitivo. Mal economista, acusó a sus padres de ser los responsables de su escasez cada vez más penosa ... ¡A partir de 1892 ...

acusaba a los suyos de haberlo traicionado, ‘robado’, ‘arruinado’! (ibíd.: 72).

En su artículo sobre Moréas en *Los Raros*, Darío dice que Moréas vivía «en una existencia independiente, gracias a su familia» (DARÍO, 1896: 87). Sin duda alguna, Darío tiene ambas versiones —la del «tío» como la de la «familia»— de la boca del mismo Moréas. Se podría decir que un tío también forma parte de la familia; pero vivir de la pensión que le pasa un tío-ministro aficionado a las letras suena mucho más impresionante que vivir, a los 37 años, del dinero que le mandan a regañadientes su papá y su mamá.

En fin, lo que dice Darío de la pensión que recibía Moréas sugiere una opulencia que tal vez existía en 1893, pero que no fue duradera. Y si en 1893 Moréas dijo a Darío que «no quería escribir en los diarios», la necesidad lo hizo cambiar de ideas. Unos años más tarde, alrededor de 1900, aspiraba a ser encargado de la sección literaria de *Le Temps* (JOUANNY, 1969: 630), pero tuvo que conformarse con publicar en diversas revistas literarias y con tener una columna en la *Gazette de France*. Hacia el final de su vida, en 1909-1910, aceptó colaborar en el *Paris-Journal*, «para salvarse de la miseria, si no de la escasez» (MORÉAS, 1968: 107). Vemos que Darío no era un biógrafo crítico de Moréas. No era su biógrafo del todo. Era su amigo y su admirador.

Y Darío ¿fue realmente íntimo amigo de Moréas? Si, en busca de más detalles, nos dirigimos a «su bellissimo estudio sobre Jean Moréas, que daría a *La Nación* e incluiría en *Los Raros*» (CONTRERAS, 1930: 77), vemos que se trata realmente de un estudio «más o menos completo» (ibíd.: 259), en el cual admiramos el retrato físico del poeta griego-francés, el relato de las escaramuzas literarias que lo llevaron a ser reconocido y celebrado, en una famosa cena de *La Plume*, como jefe de la Escuela simbolista, y atacado después cuando rompió con los simbolistas y fundó su propia «Escuela romana»; admiramos sobre todo el recorrido por sus obras publicadas hasta entonces: *Les Syrtes*, *Les Cantilènes*, *Le Pèlerin passionné*, sin dejar de mencionar una de las dos obras escritas en colaboración con Paul Adam, *Le Thé*

chez Miranda. La crónica termina citando un fragmento de una obra entonces todavía inédita, *Ériphyle*, que Moréas da a copiar a Darío, sentados juntos los dos en una mesa de café, presentándola como una tragedia, a pesar de que se publicara en 1894 como un simple poema. Pero todos los detalles íntimos que refiere Darío sobre Moréas —el origen de su familia, la etimología de su apellido griego original (Papadiamandopoulos), sus antepasados heroicos, su rebelión contra los planes de sus padres que lo querían mandar a estudiar derecho en Alemania, sus huidas, su llegada a París, sus sufrimientos, los reproches de su familia— todo eso Darío lo retoma del libro de un filólogo holandés, Willem Geertrudus Cornelis Byvanck, que había entrevistado a Moréas, a Verlaine y a muchos otros en 1891. En el transcurso de «nuestras entrevistas [que] se repetían casi todas las noches», Moréas no hablaba a Darío de estas cosas; y muy probablemente Darío nunca le hizo preguntas acerca de ellas. Darío, que tenía 26 años, podía considerarse como discípulo de Moréas, que tenía 37; a pesar de ello —o tal vez por ello mismo— la comunicación de ambos tenía sus límites. Por un lado, lo que Moréas buscaba era alguien que le acompañara y que le escuchara durante sus caminatas y libaciones nocturnas; Adolphe Retté, bajo el disfraz de Harold Swan, ha hecho su caricatura en este aspecto (RETTÉ, 1983: 137-138). Por el otro, el cuadro que podríamos llamar «maestro rodeado por sus discípulos» tenía su estructura específica. Retté la ha caricaturizada también, en su capítulo sobre los famosos martes de Mallarmé (ibíd.: 90-94), y pareciera que Moréas reproducía en los cafés y en las calles lo que sus colegas burgueses practicaban en sus salones. La regla fundamental de esta comunicación es que el maestro habla y el discípulo escucha. El discípulo puede hacer preguntas respetuosas o puede expresar su admiración de diversas maneras, tal como lo hiciera Nervo:

Hablamos de *Eriphyle*, de *Enone au clair visage*, de la cual recité un fragmento por mí traducido, y de las *Estancias*, impregnadas de un sereno panteísmo un poco a lo Rousseau, que a la sazón empezaban a aparecer, por cierto bajo la forma de manuscrito autografiado. Moréas estaba de excelente humor... (NERVO, 1955/56: 1/1470-1471).

Pero el discípulo no puede insistir mucho en algún tema, y por supuesto no puede tratar de averiguar la verdad sobre tal o cual aspecto de la vida del maestro, ni llamarle la atención cuando se equivoca. Darío se ha encontrado muchas veces en esta incómoda situación, tanto con el mismo Moréas:

Moréas no está contento de la imagen pintada por el Téniers filólogo, como llama Anatole France al profesor de Hilversum. Ha llegado hasta calificar a este, en el calor de la conversación, sencillamente de «imbécil». Palabra que no osé contradecir, aunque me pareció hartamente dura e injusta, y de todo punto inaplicable para el excelente villonista, para el «sabio pensativo»... (DARÍO, 1896: 73)¹⁰.

O con Max Nordau:

Yo tuve pena de decirle que Buenos Aires tiene más relaciones con Copenhague y con Vladivostock que con Bogotá y con Méjico; que los generales de tierra caliente soltarían la carcajada ante tan elevado proyecto; que cada ratón criollo vive dentro de su queso; que una carta de Montevideo viene á París en la mitad, por lo menos, del tiempo que necesita para ir á Caracas; y que si no había leído á Cané, ó á Groussac (DARÍO, 2006: 53).

O con algún notable profesor de música, poco versado en la geografía de América:

Un profesor de música, muy notable en su especialidad, salió una vez con esto: «Usted que es de Buenos Aires tiene que haber conocido ú oído nombrar á un primo mío, que está muy rico, en el comercio». «Señor, le contesté un poco confuso, Buenos Aires va por el millón de habitantes...» «No, me replicó, mi primo no vive propiamente en Buenos Aires, sino por ahí cerca». «¿Dónde?» «En La Guayra». No tuve valor para decirle que para ir de Buenos Aires á La Guayra lo mejor es venir á París (ibíd. 119).

Parece que Byvanck, el profesor de Hilversum que llegara a ser director de la Koninklijke Bibliotheek de Holanda en los

¹⁰ Moréas, en una carta, calificó también a Adolphe Retté como un «pobre diablo de imbécil». Retté había osado criticar severamente el libro de poesía de Raymond de La Tailhède, *La Métamorphose des fontaines* (MORÉAS, 1968: 65).

años 1895-1921, tuvo en este aspecto más valor que nuestro poeta nicaragüense. Supo hacer muchas preguntas pertinentes, y parece que el mismo Moréas, al final, se lo agradeció (BYVANCK, 1892: 89).

Darío, pues, con todo y tantas salidas nocturnas, no llegó a conocer íntimamente a Moréas; tal vez, como Perceval en el castillo del Grial, no se atrevió a hacerle las preguntas decisivas. Y Moréas, ¿llegó a conocer íntimamente a Darío? ¿Llegó a conocerlo del todo? ¿Qué esperaba él de sus jóvenes discípulos? «No le gustaba quedarse solo», como dice Louis Thomas; y Jouanny explica que Moréas hubiera deseado encontrar en su vida una amistad literaria parecida a la que cultivaron Ronsard y Du Bellay; la buscaba en su relación con Raymond de La Tailhède, con un éxito muy relativo (MORÉAS, 1968: 43). Huret, por su parte, dice en son de burla que a Moréas sólo le interesaban dos cosas: «sus versos y él; él y sus versos» (1891: 73). Le gustaba rodearse de admiradores; pero ¿hasta dónde se fijaba en ellos como personas, sobre todo cuando eran «españoles»? Cuando Darío llegó a París, en 1893, tanto Gómez Carrillo, cuya madre era de origen belga y que se decía español¹¹, como Sawa, español con algo de sangre griega, habían logrado ser aceptados en el pequeño mundo de los poetas y literatos simbolistas, y sus nombres figuraban en la lista de los invitados de las cenas de *La Plume*. Darío, poeta «americano»¹², nunca logró lo mismo. En el ya citado capítulo XXXIII de su *Vida* cuenta:

Me habían dicho que Moréas sabía español. No sabía ni una sola palabra. Ni él, ni Verlaine, aunque anunciaron ambos, en los

¹¹ Más exactamente, su madre, doña Josefina Tible Machado, fue «hija del ingeniero belga Felipe Tible Bertrand y de doña Dolores Machado» (TORRES, 1956: 29). «Por el lado de su madre, de apellido Tible, era pariente de Philippe Tible Bertrand, miembro de la fracasada empresa colonizadora belga en Santo Tomás de Castilla, Guatemala, décadas antes. El Cronista errante se cambió su propio segundo apellido para evitar la constante asociación burlesca (Gómez Tible, pronunciado como ‘comestible’)» (VALEMBOIS, 2009: 101). En París, Gómez Carrillo dejó de mencionar su tierra natal, por las burlas que provocaba entre los franceses la palabra Guatemala (TORRES, 1956: 69-70).

¹² Es probable que Darío, entre los franceses, nunca mencionaba el nombre de su tierra natal, prevenido por la mala experiencia de Carrillo.

primeros tiempos de la revista 'La Plume', que publicarían una traducción de 'La Vida es sueño', de Calderón de la Barca. Siendo así como Verlaine solía pronunciar, con marcadísimo acento, estos versos de Góngora: 'A batallas de amor campo de plumas'; Moréas, con su gran voz sonora, exclamaba: 'No hay mal que por bien no venga'... O bien: en cuanto me veía: '¡Viva don Luis de Góngora y Argote!', y con el mismo tono, cuando divisaba a Carrillo, gritaba: '¡Don Diego Hurtado de Mendoza!'" (DARÍO, 1915: 153).

Moréas, que sólo pensaba en la poesía, percibía a sus discípulos «españoles» como reencarnaciones poéticas. Aunque fuera en broma, en Carrillo se reencarnaba, para él, Hurtado de Mendoza; en Darío, Góngora. No andaba tan errado; pero aquello no ayudaba para conocerlos realmente. A pesar de la intimidad que según Darío hubo entre ellos, Moréas no lo ha mencionado en ningún documento conocido. Sobre Gómez Carrillo publicó unas páginas sentidas (MORÉAS, 1910: 216-218); también redactó un prólogo para él (GÓMEZ CARRILLO, 1908 y 1909).

Los detalles que cuenta Darío en el relato de su vida y en diversas crónicas sobre su amistad con Moréas son ciertos y verificables: hay que subrayarlo frente a los biógrafos que han calificado su *Autobiografía* como «desordenada, caótica y fantástica» (CABEZAS, 1954: 84). A veces, sí, reflejan más la imagen que Moréas proyectaba de sí mismo frente a sus admiradores, que su «verdadera» realidad. La amistad entre los dos poetas fue profunda y sincera, basada en una comunidad de intereses y en costumbres similares: nadie como Darío, por ejemplo, predestinado a comprender la obsesión de Moréas con la poesía y a compartir sus paseos nocturnos. No fue muy íntima, ya que los detalles más personales que Darío menciona en su capítulo de *Los Raros* los tuvo que buscar en el libro de Byvanck. Tanto Darío como sus amigos Gómez Carrillo y Amado Nervo sentían una admiración profunda por Moréas, independientemente del grado de amistad que cada uno logró con él. ¿Por qué? Moréas, poeta griego, había logrado una asimilación casi perfecta a la vida parisiense, en un momento en que el prestigio universal de la lengua, la literatura, la poesía, la cultura de Francia estaban en su apogeo. Se había conquistado un lugar importante en la historia de la poesía francesa: en su madurez, un crítico francés

importante lo calificó como «tal vez uno de los primeros, si no el primero de nuestros poetas» (GOURMONT, 1904: 658). Claro que había pagado un precio que se refleja en muchos detalles de su vida solitaria y noctámbula. Darío, Carrillo, Nervo, todos y cada uno en su momento, aspiraron un tiempo a la misma asimilación. No la lograron, pero el intento —y hasta el mismo fracaso— se reveló sumamente fértil para el desarrollo de sus vidas y obras.

3. VILLIERS DE L'ISLE-ADAM EN LA MESA DE NAUNDORFF

Es curioso que la cuestión Luis XVII —el asunto de la supervivencia del hijo de Luis XVI durante la Revolución francesa y el papel del «delfín», o de sus descendientes, en una hipotética restauración monárquica en Francia—, tema que tanto ocupaba la opinión pública durante la Bella Época, casi no se menciona en las crónicas de Darío. En todas sus crónicas parisienses y cosmopolitas, sólo se refiere una vez (salvo error) al delfín que tanta polémica y tanta nostalgia provocó entre los franceses y que en España inspiró una larga novela, titulada *Misterio*, a la condesa de Pardo Bazán. Esta referencia se encuentra en su crónica sobre Villiers de l'Isle Adam que después se convirtió en un capítulo de *Los Raros*. Es una referencia corta, pero, si tratamos de comprenderla bien y de reconstruir su contexto, nos lleva a contenidos bastante interesantes. Dice:

En la mesa del pretendido delfín de Francia Naundorff, con motivo de un rasgo de soberbia y de desprecio que tuvo aquél para con un buen servidor, el conde de F..., y en momentos en que este pobre anciano se retiraba llorando avergonzado:
— «Sire, bebo por vuestra majestad. Vuestros títulos son decididamente indiscutibles. ¡Tenéis la ingratitud de un rey!» (DARÍO, 1896: 41).

En el artículo de Darío, esta es una de numerosas anécdotas que sirven para ilustrar el carácter y el *esprit* de Villiers. Sorprende, a primera vista, ver a Villiers en la mesa de Naundorff, ya que éste murió en 1845, cuando aquel era todavía un niño de siete

años. Veamos la fuente de la anécdota, que se encuentra, como todos los datos biográficos que menciona Darío, en el libro de Pontavice de Heussey, primo y primer biógrafo de Villiers:

He hablado poco de las opiniones políticas del autor de los *Cuentos crueles*: es que, en el fondo, a pesar de ser monárquico por instinto de raza y católico por su fe, consideraba la política contemporánea como una ciencia baja, vulgar, como un triunfo de la mentira, de la hipocresía y de la banalidad, como un objeto indigno de ser perseguido por los espíritus visitados por el soplo divino. Sin embargo, durante su breve carrera como director de *La Croix et l'Épée*, se hizo partidario de la causa de Naundorff. Me supongo que la extrañeza y el misterio que hoy todavía rodean esta causa sedujeron su imaginación más que las calidades personales del famélico pretendiente. Permaneció *Naundorffista* incluso cuando ya no estuvo dirigiendo su periódico y estaba convencido de que las pretensiones del futuro Carlos XI al trono de Francia eran incontestables. ¡No se apresuren tanto para clamar contra esta fantasía! Personalidades más graves que Villiers han compartido, después de investigaciones minuciosas, sus convicciones al respecto. ... Sea como sea, Villiers era todavía en 1879 partidario entusiasta de Naundorff, pero en este mismo año un incidente los separó. Los pocos fieles del monarca en expectativa se habían reunido para ofrecerle una cena. Villiers de l'Isle-Adam estaba sentado a la derecha del príncipe, abstraído y silencioso. Entre los comensales se encontraba el viejo conde de F..., quien, desde hacía cuarenta años, lo había sacrificado todo, su inteligencia, su energía, su tiempo y su fortuna, por el bien y el éxito de aquel a quien consideraba como su soberano legítimo. No sé a qué propósito, el augusto invitado se irritó contra este anciano y fiel servidor; delante de todos lo aplastó de reproches y de injurias, y lo trató con una dureza y una crueldad bajo las cuales el pobre anciano se hundió llorando. Un estupor hecho de asombro y de indignación se apoderó de la pequeña reunión. Entonces, en medio del silencio general, Villiers se levantó, la copa en la mano, y dirigiéndose hacia el príncipe: –Sire, dijo, bebo por Vuestra Majestad. Vuestros títulos son decididamente indiscutibles. ¡Tenéis la ingratitud de un rey! (PONTAVICE, 1893: 244-247)¹³.

Se ve que la anécdota original es bastante más amplia que la versión breve que ofrece Darío, y que comporta nombres y fe-

¹³ Cf. CLERGET, 1912: 103.

chas exactos. Vemos que no se refiere a Naundorff mismo, como Darío parece creer, sino a uno de sus hijos y sucesores. Se indica también el año: 1879. Tratemos de ubicar el episodio en la vida de Villiers, tal como la refieren sus biógrafos modernos.

Los años sesenta, de 1860 a 1870, cuando Villiers tenía entre 22 y 32 años, fueron una etapa llena de promesas. Es cierto que el gran público no se interesaba por sus obras, y que ni sus *Premières poésies*, ni su novela fragmentaria *Isis*, ni sus dramas *Elén* y *Morgane*, ni los cuentos publicados bajo el título *Claire Lenoir* tuvieron mucho éxito; pero el poeta, conversador genial, se ganó la amistad y la admiración de literatos como Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, Leconte de Lisle, François Coppée, Léon Dierx, José-María de Heredia, Catulle Mendès, y Judith Gautier. Con estos dos últimos visitó en dos ocasiones a Richard Wagner y pasó semanas en compañía del gran músico, todavía incomprendido en Alemania y desconocido en Francia. Villiers tenía también grandes ambiciones en el plan político, y efectivamente, en cierto momento Napoleón III estuvo a punto de elegirlo para el trono vacante de Grecia, y el gran duque de Sajonia-Weimar estaba dispuesto a nombrarlo para un cargo importante en su corte, tal un nuevo Goethe. Sólo la mala suerte impidió el éxito de ambos proyectos.

Los años setenta, cuando Villiers tenía entre 32 y 42 años, fueron diferentes: «los años de obscuridad», los llama un biógrafo (RAITT, 1981: 125-246). Después de la muerte de su tía, en agosto de 1871, la estabilidad mental y económica de la familia iba en declive. Su drama *La Révolte* fracasó en el Théâtre du Vaudeville, y los teatros siguieron rechazando las obras que el poeta les ofrecía; no tenía ingresos fijos de ningún tipo, excepto lo poco que le pagaron a veces unas revistas literarias pequeñas por la publicación de algún cuento. En 1875, su obra *Le Nouveau-Monde* fue premiada por motivo del centenario de la independencia de Estados Unidos, pero no fue escenificada hasta 1883. Muchos de sus amigos andaban dispersos, como consecuencia de la guerra civil. Sus proyectos para casarse con alguna dama millonaria fracasaron una y otra vez. Amigos como Léon Dierx y su primo Pontavice le ayudaron discretamente; también le apoyó una pobre sirvienta analfabeta con la cual

tuvo un hijo; en el salón de Nina de Villard encontró siempre buena compañía y además una cena y una cama para dormir, mientras que sus mismos padres ignoraron frecuentemente su domicilio. En lugar de relacionarse, como antes, con monarcas verdaderos, hizo amistad con personajes extraños como Antoine de Tounens, conocido como Orélie-Antoine I, rey de Patagonia y Araucania, quien, después del fracaso de sus proyectos sud-americanos, se dedicó a contar su historia en los cafés de París; parece que Villiers, durante un tiempo, ocupó un cargo en su gobierno imaginario (NÉRY, 1984: 99)¹⁴.

En este contexto fue cuando Villiers comenzó a interesarse por los proyectos de restauración monárquica. En 1873, la restauración de la monarquía parecía imminente, ya que hubo una mayoría monárquica en la asamblea nacional, y los legitimistas y orleanistas preparaban un acuerdo; esta perspectiva fracasó cuando el conde de Chambord, el prospectivo Enrique V, declaró que la única bandera que aceptaría sería la bandera blanca de los Borbones. En 1879, Villiers colaboró en un periódico conservador y realista efímero titulado *La Croix et l'Épée*, que publicó una versión ampliada de su cuento *Azraël*, pero desapareció después de cinco números (RAIT, 1981: 192-193). En enero de 1881, Villiers fue candidato legitimista en las elecciones para el Consejo Municipal de París (distrito de Ternes, en el Arrondissement n.º XVII); su programa electoral incluyó, de acuerdo a Pontavice, la demolición de la Ópera de Garnier (inaugurada en 1875), de la iglesia de Saint-Sulpice, y del Panteón, por motivos estéticos. En abril y mayo, el poeta buscó, sin éxito, un nombramiento como candidato para ser diputado legitimista, en las elecciones generales en agosto de 1881. En 1882, Villiers publicó su folleto *Maison Gambade Père et Fils Succ^{rs}*, una sátira dirigida contra la persona de Gambetta en especial y contra el régimen de la Tercera República en general, a la cual acusaba de venalidad, hipocresía, materialismo y demagogia. Durante una enfermedad del conde de Chambord, en julio de 1883, Villiers redactó un texto, «L'Avertissement», que fue publicado en *Le Figaro* y que es una meditación sobre la decadencia

¹⁴ Cf. BRAUN MENÉNDEZ, 1945. El sucesor de Orélie-Antoine I, Achille Laviarde, conocido como Aquiles I, fue amigo del padre de Villiers.

del monarquismo y una llamada a la acción. También en 1883, se publicó el informe de Jules Favre, quien había abogado por los derechos de Naundorff en un famoso juicio, en 1874. El 24 de agosto de 1883, el conde murió en su exilio en Frohsdorf, sin dejar descendencia. Fue entonces cuando la causa de Naundorff comenzó a recibir más publicidad y más apoyo, ya que, sólo si se podía comprobar que algún descendiente de Luis XVI estaba vivo, el legitimismo podía mantener su razón de ser.

En esa época, la representante del naundorffismo en Francia era la hija mayor de Naundorff, Amélie Laprade, que juega un papel tan romántico en la novela *Misterio* de Emilia Pardo Bazán. Parece ser cierto que varios seguidores de Naundorff se enamoraron de ella. En tiempos de Villiers, Amélie (1819-1892), casada con un señor Abel Laprade (1818-1897), vivía en París y recibía a su círculo de fieles en su domicilio en el n.º 5 de la rue de Neva. En los años ochenta se reorientaron, dando a su combate por el reconocimiento de la supervivencia del delfín un sentido apocalíptico, de acuerdo con los escritos religiosos de Naundorff, quien, además de pretendiente al trono de Francia, fue también profeta, mesías, restaurador del cristianismo en su pureza original y fundador de la Iglesia católica evangélica (MAYEUR, 2001: 156, 184-187). Villiers fue introducido en este círculo por su padre, naundorffista convencido y amigo íntimo del abate Jean-Baptiste Laprade (1808-1891), hermano del esposo de Amélie. El periodista Paul Vibert recordó haber encontrado al padre de Villiers en unas comidas ofrecidas por Amélie, y Charles Buet recuerda haber visto allí al mismo Villiers:

Recuerdo, y algún día contaré esta historia, una cena en la cual estuve presente en la rue Tronchet, con Auguste Villiers de l'Isle-Adam, y donde los invitados dijeron *Su Alteza Real* a una mujer, ya muerta, que todavía era muy bonita en aquel tiempo, muy impresionante, y que se parecía mucho a lo que la reina María Antonia, *su abuela*, hubiera sido a la edad de cincuenta años (cit. en RAITT, 1981: 271-272).

Estos contactos de Villiers con los naundorffistas se remontan, según parece, al año 1874 (NÉRY, 1984: 133); pero el único texto publicado de Villiers donde expresa públicamente su sim-

patía por el naundorffismo apareció mucho más tarde, el 16 de julio de 1884, en *Le Figaro*¹⁵. Es un cuento, *Le Droit du passé*, donde el narrador se refiere a una extraña coincidencia de datos históricos: el rey Luis XVI fue decapitado el 21 de enero de 1793, y el armisticio que formalizó la derrota francesa en la guerra contra Prusia fue acordado entre Jules Favre, el ministro de Asuntos exteriores del gobierno de la Defensa Nacional, y el canciller Bismarck, el 21 de enero de 1871; además, el 28 de enero, cuando Favre fue a firmar este armisticio en Versalles, selló el documento con un anillo que años atrás le había obsequiado Naundorff, cuya causa había defendido, como abogado, en un famoso juicio. Este anillo tenía grabado la flor de lis de los Borbones, de manera que los documentos que simbolizan la derrota republicana fueron marcados por las armas de los reyes de Francia. En el cuento Villiers no se pronuncia sobre la validez de las aspiraciones de Naundorff, pero sí expresa mucha simpatía con él (VILLIERS, 1986: 2/79-85)¹⁶.

Parece que la identificación de Villiers con el naundorffismo no se extendió más allá del año 1886; él mismo ha contado de varias maneras su ruptura con el clan, refiriéndose algunas veces al «rey jugando a los bolos, en mangas de camisa, en el jardín de algún café de los barrios», y otras a la «incompetencia de Naundorff en cuestiones literarias» (NÉRY, 1984: 145). La anécdota que cuenta Pontavice y que resume Darío, es la más conocida de estas versiones; todas reflejan de alguna manera la desilusión provocada en la mente de Villiers por la mediocridad de los seguidores de Naundorff (RAIT, 1981: 273).

Alain Néry, en su libro sobre las ideas políticas y sociales de Villiers, ha interpretado esta anécdota y ha examinado su plausibilidad. La dificultad principal es la presencia, en esta historia, de «Carlos XI». El mismo Naundorff, «Luis XVII», murió,

¹⁵ Después de su publicación en *Le Figaro*, el cuento fue retomado en *La Légitimité* (órgano del partido naundorffista) el 11 de enero de 1885, y en *Le Légitimiste* (otra hoja naundorffista más efímera) el 10-17 de abril de 1886. Fue integrado en 1886 al volumen *L'Amour suprême*.

¹⁶ «Villiers no se pronuncia sobre la tesis de la supervivencia. Naundorff no es presentado como idéntico con Luis XVII, ni como no idéntico con él, sino como el representante de un misterio» (NÉRY, 1984: 192).

como dijimos, en Delft en 1845; su sucesor, «Carlos X», murió en 1866 sin tener ningún papel político. A partir de esta fecha, el candidato al trono era el segundo de los cinco hijos varones de Naundorff, Louis-Charles, llamado Carlos XI (1831-1899), que, con residencia en Teterigen-les-Breda (Holanda), ganaba su sustento como trabajador en una fábrica de ebanistería y, después de convertirse al catolicismo, se dirigió, en 1883 y nuevamente en 1889, a la nación francesa con sendas proclamas, consagrando su persona, su familia y el reino de Francia al Corazón de Jesús (BLOY, 1926: 64-71). Sin embargo, según Néry, no hay ninguna prueba de que haya viajado alguna vez a Francia. Adelberth (1840-1887), el cuarto hijo de Naundorff, sí llegó a París en 1874, con ocasión del juicio en el cual abogó Favre, y se quedó en la capital durante varios meses. «Capitán en el ejército holandés, se consideraba como el jefe de su familia, y podríamos imaginar que él tuvo la actitud tajante que se le presta al personaje de la anécdota, más bien que 'Charles XI', de carácter más bien tímido ... El 'conde de F..' queda en el misterio, pero si hubo un viejo caballero que había entonces gastado todo por la causa de la Supervivencia, fue Modeste Gruau de la Barre, quien, en 1874, tenía 79 años» (NÉRY, 1984: 145-146). Interpretación respetable, aunque singularmente insatisfactoria, ya que la *pointe* de la historia, las felicitaciones irónicas pronunciadas por Villiers, «Sire ... bebo por Vuestra Majestad. Vuestros títulos son decididamente indiscutibles. ¡Tenéis la ingratitud de un rey!», no tienen razón de ser si se dirigen a un personaje que (todavía) no aspira a ser «rey». Es cierto que Adelberth se declaró «rey» en 1883, cuando su hermano Louis-Charles, el 14 de noviembre de este año, había renunciado a todos sus derechos dinásticos, renuncia que revocó un poco más tarde, bajo la influencia de la princesa Amélie. De 1883 en adelante, hubo dos «reyes» naundorffistas¹⁷. Pero según la anécdota, que no queremos perder de vista, Villiers estaba en la mesa de Carlos XI, y no en la de Adelberth; y esto en 1879.

El misterio se hace más profundo por la presencia, en las otras versiones que dio Villiers de su ruptura con el naun-

¹⁷ <http://www.louis-xvii.com/gene/intro/html>, página consultada el 21/09/2009.

dorffismo, de un «rey que juega a los bolos, en mangas de camisa», de un «rey que no sabe de literatura». Si el candidato a rey vivía en Holanda...

Otro aspecto del misterio es el lugar donde la cena de la anécdota pudo tener lugar. Hay, en este aspecto, un testimonio muy interesante de Léon Bloy, quien asegura, en un texto publicado en 1890, haber visitado el lugar que fue la residencia —cerca de París— de Carlos XI.

Léon Bloy (ocho años menor que Villiers) comenzó a hacer amistad con el poeta en 1884. Se conocieron probablemente en el famoso cabaret *Le Chat Noir*. A partir de 1885, su amistad comenzó a incluir también a Joris-Karl Huysmans (diez años menor que Villiers). «Sus situaciones eran extrañamente similares. Villiers vivía con una mujer trabajadora de la cual tenía un hijo. Bloy había vivido con su novia, Berthe Dumont, que acababa de morir de tétano, y el escritor había, por un tiempo, encontrado un techo donde la madre de ella. Huysmans vivía con una ex prostituta, Anna Meunier, que tenía un hijo y cuya condición mental se estaba deteriorando poco a poco. Todos eran, técnicamente, solteros; todos estaban, o habían sido, involucrados en relaciones con mujeres de la clase trabajadora; todos estaban más o menos en guerra con la sociedad de su tiempo; todos eran escritores impopulares con el público general y sospechosos para los editores; todos tenían estilos idiosincráticos y provocadores. ... único entre los tres, Huysmans tenía un trabajo y un salario regular fuera de la literatura, ya que era funcionario en el Ministerio del Interior y además dueño (en parte) del renqueante taller de encuadernación de su familia. Bloy era volcánicamente irritable; Villiers vivía en sus sueños y los traducía en el flujo de su conversación; Huysmans, a pesar de su corazón tierno, hacia afuera manifestaba un cinismo corrosivo. Bloy y Villiers profesaban el cristianismo, a pesar de sus diferencias y su ortodoxia dudosa; Huysmans era un agnóstico esceptico, pero se sentía atraído por todo lo extraño y anormal en los márgenes de la religión convencional» (RAITT, 1981: 295-296). En su novela *À Rebours* (1884), Huysmans incluyó una apreciación de la obra de Villiers, en ese momento todavía muy poco conocida. Bloy, también, involucró a Villiers

en sus empresas literarias, por ejemplo, en su revista satírica *Le Pal*, donde se apoya (en el segundo número, del 11 de marzo de 1885) en una de las anécdotas que contaba éste (BLOY, 1950: 61-64); en la misma revista defiende la novela de Huysmans, *À Rebours*, contra los ataques de Francisque Sarcey (ibíd.: 24-25). Villiers, por su parte, introdujo a Bloy con el marqués de Meckenheim, uno de los principales propagandistas del naundorffismo, que fue nombrado secretario privado de Carlos XI en 1884. Bloy se convirtió al naundorffismo, tuvo a Meckenheim como testigo en su boda en 1890, y en 1900 publicó su ya citado libro *Le Fils de Louis XVII*.

El testimonio de Bloy que mencionamos fue publicado con el título «Le Fumier des Lys», en 1890, poco tiempo después de la muerte de Villiers. El texto comprende cuatro partes. En la primera, Bloy afirma haber visitado, dos años atrás (es decir en 1888), a las diez de la noche y con un tiempo muy desagradable, en un bulevar de Courbevoie, contiguo a un café poco atractivo, una sala que fue el lugar de residencia de Carlos XI, hijo de Luis XVII. En la segunda, afirma que el hombre que es, casi seguramente, el nieto de Luis XVI, es un patán completo, «predestinado, visiblemente, a apagar completamente la sangre de los viejos reyes en el lodo íntimo de su espantoso corazón». Cita unos párrafos de Villiers, del cuento *Le Droit du passé*, sobre el personaje de Naundorff, del cual habla con un respeto casi religioso, y compara al venerable padre con el despreciable hijo. En la tercera parte, vuelve a su «peregrinación» al «siniestro café de Courbevoie». Dice que sabía, ya antes de ir, que el café estaba «desierto», «en bancarotta», y que «la clientela monárquica había salido zumbando». Se muestra sorprendido, sin embargo, del aspecto «ignoble y lamentable» del lugar. «Parece que este desharrapado, de quien el duque de Aumale y el conde de París no deberían ser más que los *juvegneurs*, gobernaba realmente en este lugar de mala muerte —se le trataba de señor o majestad entre el ajenjo y el picón amargo, y el hijo de San Luis distribuía a gusto sus bendiciones y hacía justicia según su capricho, bajo el roble problemático de este mostrador de barrio» (BLOY, 1890: 72). En la cuarta y última parte, Bloy se pone a reflexionar, o más bien a polemizar, sobre «la imbecilidad casi fatídica de la

gente virtuosa que representa hoy el catolicismo y el monarquismo en nuestra patria» (ibíd.).

Con respecto al problema que nos ocupa, es curioso que Léon Bloy no parece tener ninguna duda de que Carlos XI haya llegado alguna vez a Francia, sino que da por hecho que tuvo su residencia, durante no poco tiempo, en Courbevoie. Incluso, si lo que cuenta es la verdad, el café de Courbevoie bien podría ser el lugar donde se sitúa la anécdota que cuentan Pontavice y Darío, sobre Carlos XI regañando y humillando a su fiel servidor. Pero ¿hasta dónde se puede confiar en la narración de Bloy? Que el escritor haya visitado el café de Courbevoie y que haya observado lo que describe, no lo dudamos. Es una lástima que Bloy no fue ningún Sherlock Holmes y lo único que observó fue un café lúgubre y quizás en bancarota, un lugar sucio y mal alumbrado cuyo dueño no quiso hablar con él, un lugar vacío que él llenó con los recuerdos de lo que se le había contado. ¿Quién le habrá contado los detalles sobre las reuniones que allí celebró Carlos XI con sus fieles? ¿No habrá sido el mismo Villiers?

Vamos a proponer una interpretación diferente de la propuesta por Néry, hipotética también, pero tal vez un poco más satisfactoria. Resumiendo los textos que hemos visto, se trata de cuatro anécdotas. Primero las tres narradas por Villiers mismo: el rey humillando al conde de F..., el rey jugando a los bolos en mangas de camisa, el rey que no entiende de literatura. La cuarta, inspirada por Villiers, narrada por Bloy: el rey que recibe a sus fieles en un cafetín de mala muerte, en un suburbio de París. Los cuatro episodios viven del contraste entre las altas aspiraciones y la sórdida realidad del hipotético rey y de sus seguidores; y, en un nivel más básico, comparten un rasgo fundamental: la presencia del «rey», Carlos XI, en París. Concentrémonos en este rasgo. Sin subestimar la abundante imaginación de Villiers, parece poco probable que el poeta haya inventado, sucesivamente y en tantas ocasiones diferentes, esta presencia, que más bien parece reflejar una realidad. En otras palabras, tenemos la impresión de que Carlos XI debe haber vivido en París, clandestinamente, un tiempo. Néry dice que no hay pruebas de que se haya trasladado alguna vez de Holanda a Francia; pero

el estudio de Néry se basa únicamente en textos publicados; no ha hecho investigaciones en archivos. Tal vez la residencia de Carlos XI en el cafetín de Courbevoie no se explica únicamente, como lo hace Bloy, por sus costumbres plebeyas y su mal gusto personal, sino que podría obedecer a las necesidades de la clandestinidad. El aspirante al trono, de visita en la República Francesa, no tenía que llamar la atención. Si se hubiera reunido con sus fieles en el restaurante Maxim's o en el café Larue, la policía de París, bajo la dirección eficiente del señor Gustave Macé, lo hubiera descubierto y deportado inmediatamente. ¿Hay que creer, entonces, que las reuniones del círculo naundorffista quedaron desapercibidas? Tampoco. La *Sûreté* vigilaba y toleraba probablemente estas actividades mientras no atraían la atención del gran público. ¿El dueño del cafetín se callaba y miraba a Bloy con desconfianza? Pues no debe haber sido ni el primer ni el único *mouchard* (BLOY, 1890: 71) que llegaba a este lugar. Los informes de estos agentes deben existir.

Efectivamente, en los Archivos Nacionales de Francia, sección Policía general, se encuentra la carta siguiente:

Prefectura de Policía
Gabinete del Secretario General de la Policía
Dirección de la Seguridad General
1.^a Oficina
Fotografías de Naundorff, pretendiendo ser Luis XVII.

Señor Ministro del Interior

Lyon, 3 de Septiembre de 1884

Señor Ministro,

Tengo el honor de comunicarle que de mis informaciones particulares resulta que el llamado Naundorff que pretende ser Luis XVII llegó a pasar unos días en Lyon, hace unos dos meses, en compañía de la princesa Amalia. Estos dos personajes, parece, llegaron a nuestra ciudad en el incógnito más absoluto, hospedándose en el hotel Bellecour.

Se dice que Naundorff fue recibido por el señor cardenal Carverot, arzobispo de Lyon, y por algunas personalidades lionesas del partido legitimista.

Antes de dejar Lyon se habría hecho fotografiar en los salones de la sociedad general Photonature, rue du Plat, 2, en dos formas diferentes, y que habría pedido varios miles de ejemplares de estas fotografías, destinadas a ser vendidas. Se dice que una de ellas fue expuesta en la sala del diario *Le Figaro*, en París.

Este personaje parece que se encuentra actualmente en París, entevistándose con diputados de la Derecha.

Pude conseguir dos ejemplares de las fotografías de este pretendiente, a pesar de que todavía no están puestas en venta, y me apresuro a transmitirles a usted.

Reciba, señor Ministro, la expresión de mi respetuosa dedicación.

Por el Prefecto y por Delegación:
El Secretario General de la Policía,
Drouin

(*Archives Nationales*, Paris [CARAN],
expediente n.º F/7/ 15987/3)

Basándonos en este documento llegamos a las siguientes conclusiones:

1.º Louis-Charles Naundorff, llamado Carlos XI, parece haber viajado a Francia, visitando las ciudades de Lyon y de París en julio de 1884, acompañado por su hermana Amélie, para fortalecer sus contactos con los círculos legitimistas y eclesiásticos. La carta del Secretario General de la Policía al Ministro del Interior y las fotos que la acompañan, si bien no constituyen una prueba contundente e irrefutable al respecto, sí brindan indicios suficientes para que este viaje parezca altamente probable.

2.º Si, de acuerdo a la carta del Secretario General de la Policía, en julio de 1884 Charles-Louis Naundorff pudo hospedarse en uno de los mejores hoteles de la ciudad de Lyon, «en el incógnito más absoluto», pudo hacer lo mismo en años anteriores y en ocasiones diferentes. Pudo, por ejemplo, en los años setenta, celebrar reuniones con sus fieles en cualquier lugar de París, siempre «en el incógnito más absoluto». El legitimismo

tenía más apoyo en la provincia que en la capital¹⁸, y el naundorffismo tuvo su auge después de 1883: por eso, subiendo de categoría, el viajero clandestino sube del café de Courbevoie al hotel Bellecour, y en vez de seguir jugando a los bolos en mangas de camisa es recibido por el arzobispo.

Veamos otro documento de la misma época; ahora se trata de un folleto (mutilado), que se encuentra en el mismo expediente porque el Secretario General de la Policía lo envió al Ministro del Interior:

Hay en este momento en París —en la capital de la cultura— dos payasos que buscan cómo atraer la atención del público.

Si se cree en las informaciones de la prensa, se trata de un hombre y una mujer, ya maduros, entre cincuenta y sesenta años, supuestamente hermano y hermana, e hijos de Guillaume Nüendorff, el relojero prusiano, muerto en 1845, en Holanda, que hacía, en vida, el papel de falso Luis XVII.

Se hacen anunciar en los periódicos como herederos de este personaje infame; se dicen preparados a reivindicar su estado civil y sus supuestos derechos al legado real de la Casa de Francia.

...

Estos dos farsantes que salen a la escena se dan los títulos siguientes: el uno es el «príncipe Luis Carlos», el mayor de la familia Nüendorff; el otro es la «princesa Amalia», su hermana.

Pero eso no es todo: allí no termina la nomenclatura.

Hay también un señor Carlos Edmundo, que ha procreado unos hijos que el jefe de su casa repudia como «ilegítimos».

Hay un señor Adelberth, «príncipe menor», en favor de quien el mayor Carlos ha abdicado todos sus derechos de primogenitura. Esto es espeluznante.

Pero ahora el «príncipe Carlos» olvida su abdicación; vuelve a la carga, lanza un manifiesto y retoma la dirección de los negocios de la casa Nüendorff (BIGNE VILLENEUVE, 1884: 17-18).

¹⁸ Lyon, específicamente, fue una ciudad mártir de los monárquicos franceses.

El autor de este escrito es legitimista, seguidor fiel del conde de Chambord, enemigo tanto de la República como de los naundorffistas: para él Louis-Charles Naundorff y su hermana son unos «payasos» y unos «farsantes», pero no tiene duda de que ambos se encuentran en París, haciendo obra de conspiradores. Estamos, otra vez, en verano de 1884.

En el mismo expediente hay otro documento sobre las actividades legitimistas en la ciudad de Lyon:

Red de
París – Lyon – Mediterráneo
Comisariado Especial de la Policía
Reunión realista

Lyon, 9 de Febrero de 1885

Informe

Una reunión privada, organizada por los partidarios de los Naundorff, pretendido descendiente de Luis XVI, tuvo lugar ayer en la sala de las Folies-Bergères, bajo la presidencia del señor marqués de Meckenheim.

Seiscientas personas más o menos asistieron, entre ellas una cincuentena de damas y una decena de eclesiásticos. El resto del auditorio estaba compuesto de jóvenes pertenecientes a los círculos católicos y de bonapartistas. Estos últimos se habían unido a los Naundorff.

El señor Lemonaz, abogado en Chambéry, se esforzó en un largo discurso en resaltar la legitimidad de los Naundorff y dijo que al señor Gruau de la Barre corresponde el honor de poner a Francia tras los pasos de sus reyes legítimos y que ha consagrado la mayor parte de su existencia a esa obra y que no pierde la paciencia ni la esperanza de verla pronto triunfar¹⁹.

El señor Lemonaz fue interrumpido frecuentemente por los miembros de los partidos opuestos que habían armado una cábala que degeneró en riña, y se intercambiaron varios bastonazos.

¹⁹ Error del comisario: en realidad, Modeste Grau de la Barre, nacido en 1795, ya había muerto el 28 de enero de 1883. Cf. *La Légimité*, n.º 4, 16 de febrero de 1883.

El final del discurso del orador había dejado al público indiferente, cuando nuevos clamores se hicieron escuchar, y los oyentes, viendo que una nueva batalla iba a comenzar, se apresuraron en partir.

Esta reunión no presentó ningún interés.

El Comisario Especial de la Policía,
Ritter

(Archives Nationales, Paris [CARAN],
expediente n.º F/7/ 15987/3).

Para nosotros, el interés de esta reunión está en que nos permite situar el naundorffismo en el contexto de las conspiraciones de la derecha contra la República francesa. Sólo este contexto permite explicar por qué las explicaciones históricas e imaginativas sobre el misterio de Luis XVII provocaron semejantes tumultos. Estamos, además, frente a la explicación de nuestra pregunta inicial: ¿por qué la cuestión Luis XVII, que aparentemente presenta rasgos tan misteriosos, atractivos para un poeta, está casi ausente de los escritos de Rubén Darío? El informe sobre la reunión del 8 de Febrero de 1885 nos da una impresión del público que se deleitaba con este misterio: unas damas vetustas, mojigatas, parecidas a la «doña Pía» de Ge Erre Ene (cf. SCHMIGALLE, 1998: 116-117); un público fanático, retrógrado, ineficiente, poco imaginativo; una audiencia que representa todo lo que rechaza y combate el modernismo como movimiento de liberación. Por eso, Darío narra con placer cómo Villiers se distanció del naundorffismo.

4. BIBLIOGRAFÍA

- ARELLANO, J. E. (1996). *«Los Raros»: una lectura integral*. Managua: Instituto Nicaragüense de Cultura.
- BIGNE VILLENEUVE, P. de (1884). *Encore les Naiëndorff et le faux Louis XVII*. Rennes: H. Caillière.
- BLOY, L. (1890). «Le Fumier des Lys», *La Plume*, 1.º de mayo, pp. 71-73.
- BLOY, L. (1926). *Le Fils de Louis XVI*. Paris: Mercure de France.

- BLOY, L. (1950). «Le Mulot», en: id., *Le Pal*. París: François Bernouard.
- BOISSY, Gabriel (1943): «Une nuit avec Jean Moréas vers 1900», *Panorama*, 23 de septiembre, pp. 3/6.
- BRAUN MENÉNDEZ, A. (1945). *El reino de la Araucanía y Patagonia*. Buenos Aires: Emecé.
- BUISINE, A. (1995). *Paul Verlaine. Histoire d'un corps*. París: Tallandier.
- BYVANCK, W. G. C. (1892). *Un hollandais à Paris en 1891. Sensations de littérature et d'art*. París: Perrin et C^{ie}.
- CABEZAS, J. A. (1954): *Rubén Darío. Un poeta y una vida*. 2ª ed. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina.
- CANSINOS ASSENS, R. (2005). *La novela de un literato*. 3 tomos. Madrid: Alianza.
- CARCO, F. (1939). *Verlaine*. París: Éditions de la Nouvelle Revue Critique.
- CLERGET, F. (1912): *Villiers de l'Isle-Adam*. París: Société des Éditions Louis-Michaud.
- CONTRERAS, F. (1930). *Rubén Darío. Su vida y su obra*. Barcelona: Agencia Mundial de Librería.
- CORREA RAMÓN, A. (1998). «Pasajes de alcohol y bohemia en Rubén Darío, a través de los libros de memorias de Melchor Almagro, Rafael Cansinos-Assens y Felipe Sassone». En: *Rubén Darío y el arte de la prosa*, Málaga: Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, pp. 283-292.
- DARÍO, R. (1896). *Los Raros*. Buenos Aires: Talleres de «La Vasconia».
- DARÍO, R. (1906). *Opiniones*. Madrid: Fernando Fe.
- DARÍO, R. (1912). *Todo al vuelo*. Madrid: Renacimiento.
- DARÍO, R. (1915). *La Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Barcelona: Maucci.
- DARÍO, R. (1950-1953). *Obras completas*. 4 tomos. Madrid: Aguilar.
- DARÍO, R. (1952). *Poesías completas*. Madrid: Aguilar.
- DARÍO, R. (2006). *Crónicas desconocidas, 1901-1906*. Berlin: Edition Tranvía.
- DARÍO, R. (2008). *¿Va a arder París...? Crónicas cosmopolitas, 1892-1912*. Selección, introducción y notas de Günther Schmigalle. Madrid: Veintisiete Letras.
- FERNÁNDEZ, T. (1987). *Rubén Darío*. Madrid: Historia 16.
- FITCH, N. R. (1989). *Walks in Hemingway's Paris*. New York: St. Martin's Press.
- GIBSON, I. (2002). *Yo, Rubén Darío. Memorias póstumas de un Rey de la Poesía*. Madrid: Aguilar.
- GÓMEZ CARRILLO, E. (1908). *Grecia*. Madrid, Imp. José Blass.
- GÓMEZ CARRILLO, E. (1909). *La Grèce éternelle*. París: Perrin.
- GOURMONT, J. de (1904). «Jean Moréas», *Mercure de France*, septiembre: 636-658.
- GOURMONT, R. de (1911). «Verlaine intime», *La Dépêche* (Toulouse), 12 de agosto.
- GURREA, A. (1999). «Misterio de Emilia Pardo Bazán. Intertextualidad, historia y ficción.» *Cuadernos de Investigación Filológica*. Vol. XXV. pp. 93-106.
- HILLAIRET, J. (1997). *Dictionnaire historique des rues de Paris*. 2 tomos. París: Minuit.

- HURET, J. (1891). *Enquête sur l'évolution littéraire*. Paris: Bibliothèque Charpentier.
- JOUANNY, R. A. (1969). *Jean Moréas écrivain français*. Paris: Minard.
- JOUANNY, R. A. (1975). *Jean Moréas écrivain grec*. Paris: Minard.
- LÉAUTAUD, P. (1986-1987). *Journal littéraire*. 4 tomos. Paris: Mercure de France.
- LEPELLETIER, E. (1907). *Paul Verlaine. Sa vie – son oeuvre*. Paris: Mercure de France.
- MATAMORO, B. (2002). *Rubén Darío*. Madrid: Espasa-Calpe.
- MAYEUR, J.-M. / HILAIRE, Y.-M. (2001). *Dictionnaire du monde religieux dans la France contemporaine*. 10. Les marges du Christianisme. «Sectes», dissidences, ésotérisme. Paris: Beauchesne.
- MORÉAS, J. (1910). *Variations sur la vie et les livres*. Paris: Mercure de France.
- MORÉAS, J. (1968). *Cent soixante-treize lettres de Jean Moréas à Raymond de La Tailhède et à divers correspondants*. Introduction et commentaire de Robert A. Jouanny. Paris: Minard.
- NERVO, A. (1955/56). *Obras Completas*. 2 tomos. Madrid: Aguilar.
- NÉRY, A. (1984). *Les idées politiques et sociales de Villiers de l'Isle-Adam*. Paris: Diffusion Université Culture.
- PARDO, M. E. (1894). «Curiosidades Literarias», *Revista de América*, 5 de septiembre, p. 35.
- PONTAVICE DE HEUSSEY, R. de (1893). *Villiers de l'Isle-Adam. L'Écrivain. – L'Homme*. Paris: Albert Savine.
- RACHILDE (1922). «Rubén Darío», *Revue de l'Amérique Latine*, 1.º de enero, pp. 5-8.
- RAITT, A. (1981). *The Life of Villiers de l'Isle-Adam*. Oxford: Clarendon Press.
- RETTÉ, A. (1983). *Le Symbolisme. Anecdotes et souvenirs*. Genève/Paris: Slatkine, 1983, reimpresión de la edición de París, 1903.
- SCHMIGALLE, G. (1998). «Dichoso el asno que es apenas comprensivo...». *Ge Erre Ene y sus parodias de Rubén Darío*. Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua.
- THOMAS, L. (1911). *Souvenirs sur Moréas*. Paris: E. Sansot.
- TORRES, E. (1956). *Enrique Gómez Carrillo. El cronista errante*. Guatemala, C.A.: Librería Escolar.
- TORRES, E. (1980). *La dramática vida de Rubén Darío*. San José de Costa Rica: EDUCA.
- TORRES-RÍOSECO, A. (1944). *Vida y poesía de Rubén Darío*. Buenos Aires: Emecé.
- VALEMBOSIS, V. (2009). *Puentes trasatlánticos. Base literaria para un diálogo eurocentroamericano*. San José, C. R.: UCR.
- VILLIERS DE L'ISLE-ADAM (1986). *Oeuvres complètes*. 2 tomos. Paris: Gallimard.
- ZAYED, G. (1962). *La formation littéraire de Paul Verlaine*. Ginebra: Droz / Paris: Minard.